

Cristo Maestro,

Modelo del



educador

Llucià Pou Sabaté

Para educar bien es necesario tener nociones de pedagogía (con su metodología, técnicas...), también buenos conocimientos, pero en primer lugar, aún más importante que todo esto, es tener la sabiduría, que en latín se dice “sapientia”, de “sapore scientia”, sabor de la ciencia, el gusto por el conocimiento de la verdad, como decía Jesús: “gustad y ved...” Más que transmitir conocimientos, todos necesitamos maestros de vida, y las personas a las que educamos también, por eso vamos a acercarnos al Maestro por excelencia, Jesús, para encontrar y gustar en Él esta ciencia. Si Él inspira la labor del formador, podemos llegar mucho más lejos que con sólo técnicas (pedagógicas) de enseñanza. Poner la vista en Cristo hará que ni el caos del mundo de hoy nos haga daño, ni el desánimo o la desesperación nos inyecten su veneno mortal. El

Señor nunca se opuso a que el pueblo le llamase profeta y maestro (Mateo 21, 11), y a sus discípulos les decía: Vosotros me llamáis maestro y señor, y hacéis bien, porque lo soy (Juan 13, 13). Todos los maestros y doctores en la Iglesia (Hechos 13, 1; Corintios 12, 28-29) han sido en cuanto discípulos suyos, como testigos de lo que han visto y oído (Hechos 10, 39). Bien se ha dicho que tomar a Jesús como Maestro es tomarlo por guía, andar sobre sus huellas, es querer parecernos a Él: que los demás, al ver nuestro trabajo, nuestro comportamiento con la familia y con los extraños, puedan reconocer a Jesús. Si meditamos el santo Evangelio, si le tratamos diariamente en la oración, nos pareceremos a Jesús, casi sin darnos cuenta.

Antes de entrar en las maneras de hacer de Jesús, algunos aspectos de su modo de ser, quiero recordar que muchas veces queremos aplicar a Jesús nuestras categorías y formas de pensar, y así no es posible entenderlo de manera completa, pues Jesús además de hombre es Dios. Más bien hemos de procurar dejarnos transformar por su modo de ser, y así en su luz veremos la luz. Agradeceré vuestras aportaciones para mejorar esta visión de “Jesús, modelo del educador”.

Vamos a ver tres puntos y una conclusión: 1) Jesús educa con autoridad porque es auténtico y es la

verdad. 2) Jesús educa en libertad, porque ama, por eso no tiene miedo. 3) Jesús educa en la felicidad, en la alegría que viene de tener a Dios y el esfuerzo en la lucha. 4) Conclusión: Cristo, el maestro completo. Como se ve, tocamos el saber auténtico, la libertad y amor, educar para ser feliz, y un colofón como resumen.

1. JESÚS EDUCA CON AUTORIDAD PORQUE ES AUTÉNTICO Y ES LA VERDAD.

a) Enseñaba con **autoridad**: ellos “*estaban poseídos de admiración por Su enseñanza, porque Su palabra estaba llena de **autoridad***”; Jesús suele decir “yo os digo”, habla en nombre propio como nadie había hecho, e imparte una enseñanza divina: “Habéis oído que ***se ha dicho**: No cometerás adulterio. Mas **Yo os digo**: Quienquiera mire a una mujer codiciándola, ya cometió adulterio con ella en su corazón.*” A la samaritana, ante la pregunta de dónde está el verdadero Dios, si en el templo de Jerusalén o la montaña de Samaria, le dice: “*Mujer, **créeme a Mí**, porque viene la hora en que ni sobre este monte ni en Jerusalén adoraréis al Padre.*” Los judíos hablaban invocando la Ley (“Como dice la Ley..., como dicen las Escrituras...”). Según palabras de Azucena Fraboschi, su autoridad como maestro provenía **del Padre**, que era Dios: “*Pues **El que Me envió es veraz, y lo que Yo oí a Él, esto es lo que***

*enseño al mundo.” Jesús hablaba no apoyado en la autoridad de la Ley, sino directamente en la de Dios, a Quien llamaba Padre, y a Quien decía haber escuchado. No era la suya una relación con Dios a través de los sacerdotes sino una relación directa, filial. Jesús hablaba de Su Padre, Dios. Pero Él mismo, Su propia palabra es **Verdad liberadora del hombre**, porque siendo hombre perfecto, manifiesta al hombre su verdadero ser, que es de Dios y para Dios: “**YO SOY EL CAMINO, LA VERDAD Y LA VIDA; nadie va al Padre sino por Mí**”.*

b) Su enseñanza es **original** y, a la vez, una **recreación y perfeccionamiento** de lo ya existente: “*No vayáis a pensar que Yo he venido a abolir la Ley y los Profetas. Yo no he venido para abolir, sino para dar cumplimiento...*” Pero no se trata de un cumplimiento exterior sino algo que nos compromete en primera persona: “*Os digo, pues, que si vuestra justicia no fuere mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos.*” Al tiempo que confirma la Ley, la enseñanza de Jesús invita a profundizarla, a espiritualizarla, a crecer.

Jesús es un maestro que enseña con autoridad una doctrina original; que aduce la revelación del Padre como fuente de Su autoridad; que se ofrece

como guía, invitando a que Lo sigan todos, porque es **maestro universal, criterio y norma de conducta.**

c) La figura amable de Jesús nos enseña a vivir de una manera auténtica: en su vida encontramos la verdad (“yo soy... la verdad”), encontramos un sentido a todo. Jesús es alguien que habla con autoridad, que sabe el porqué de las cosas y –como se ha dicho- para quien tiene un por qué (hacer las cosas) le es muy fácil el cómo (hacerlas). Si hay motivación, diríamos hoy, el esfuerzo es más fácil de poner. Son los dos componentes de la educación, y los dos hay que cuidarlos, pero sin el primero el segundo es casi absurdo, sobre todo en alguien que ha pasado la fase infantil. Romano Guardini acaba su obra sobre la realidad humana del Señor con un capítulo sobre “El Maestro, el Poderoso, el Existente”. Es un Maestro santo: vive auténticamente. Tiene la plenitud del conocimiento de Dios: es el que sabe, el sabio: sabe más que nadie, pero sobre todo sabe esencialmente, tanto de los hombres como del mundo (sin la mezcla de ignorancia mezclada con pasiones que tenemos los hombres). Él ve. Distingue realidad y apariencia, sentido y engaño. Conoce lo bueno y lo malo. Sabe el camino: “quedó admirada la gente de su enseñanza, porque les enseñaba como quien tiene autoridad, y no como sus doctores” (Mat 7, 28-29)

Nuestro modo de imitar al Modelo no es algo exterior, sino que se trata de conformarse a Él, como “meterse en su piel”, “sumergirse en Él”, pues “conformar” es “hacerse a la forma”, participar de su vida, de sus sentimientos. Es decir, estar máximamente motivado, para una persona, es participar en la medida en que le es posible a una criatura, en la vida de Cristo, es revivir la vida de Jesús y prolongarla en la propia, porque la gracia que El nos ganó es participación de la que inhabita en su alma: *tened en vosotros los mismos sentimientos que tuvo Cristo Jesús* (Filip 2, 5).

d) De Él aprendemos a ser auténticos, la honorabilidad intelectual, la honradez, o también llamada coherencia: significa ser yo mismo. Muchos no son maestros sino mercenarios: enseñan lo que está de moda, dicen lo que queda bien, hoy hay mucho miedo a aparecer como católicos. Hay como un afán de éxito y gloria, decir lo que conviene. Recuerdo a un amigo que, al volver de una reunión donde expuso unas ideas que me parecieron vacías, pensé que las había dicho para quedar bien, para gustar, le pregunté: “de todo esto, ¿tú en realidad qué piensas?” y me contestó tranquilo: “yo ya no sé lo que pienso”, sabía lo que convenía decir, no sabía lo que era verdad. La vanidad, comodidad, ambición, seduce como cantos de sirenas y muchos

pierden la cabeza... Hay un cinismo de pensar lo que está de moda, “vender” lo que conviene.

Jesús en cambio dice la verdad, sin avasallar: está lleno de respeto ante la libertad del hombre, nunca le hace violencia; no engaña con sugerencias como la publicidad, ni con un entusiasmo superficial, ni por terror (aunque los hombres muchas veces basemos la educación en el miedo), ni por sorpresa, como decía Guardini: “siempre apela a la responsabilidad del que escucha y le lleva al punto donde ha de decir ‘sí’ o ‘no’”. Frente a los que quieren éxito, Jesús nos muestra la búsqueda de la verdad”, enseña lo auténtico, lo que se vive. Estos son los frutos que perduran, lo demás se pudre. Jesús vino para manifestarnos la verdad, como le dice a Pilatos: “Yo para esto he venido al mundo, para dar testimonio de la verdad” (Jn 18, 37). No se oculta, ni lleva una vida solitaria, sino que se manifiesta ante todos. No deja que le retengan solo con algunos, en una ciudad: «Es preciso que anuncie también el reino de Dios en otras ciudades, porque para esto he sido enviado” (Juan 4, 43).

e) Para un cristiano, todo queda referido al modelo, Cristo, y ofrecido al Padre Dios. Entonces, no hay polilla o polvo, no hay preocupaciones por la precariedad, siguiendo el ejemplo y los consejos de Jesús: “no os preocupéis por vuestra vida...”

Entonces la autenticidad adquiere una coherencia que es testimonio fiel, martirio, pues muchos sufren por la verdad (desde el antiguo Sócrates hasta nuestros días, basta citar el caso emblemático de Tomás Moro). Entonces, ya mi investigación no será ficticia, sino parte de mi vida; no esclavizará, porque tendrá un motivo más alto que la gloria humana; no estará desligada de mi preocupación por los demás sino que dirigida a ella; ni tampoco viviré para enseñar sino que ese trabajo, como lo demás que haga, será un ingrediente de mi vida, un medio de hacer el bien y de hacerme bueno. Si me miro en Cristo, mis perspectivas se amplían sin cesar, van mucho más lejos: ya no tendré objetivos a los que someterme; las metas no me dominarán pues no dependo de que se cumplan: puedo ya celebrar el acontecimiento de que “el Reino de Dios ha llegado” (Mrc 1, 5) y se está abriendo camino continuamente, aunque no lo vea. El vivir no se desliga del contemplar, ni del dar la vida, la verdad me lleva a ser verdadero y en la medida que soy verdadero, soy. En todo pongo un poco de mi corazón, y un trozo de alma, un pedazo de mi vida, en una unidad que me recuerda lo que decía una hija de Tomás Alvira: “todo en mi padre era verdad: por eso era tan buen educador”.

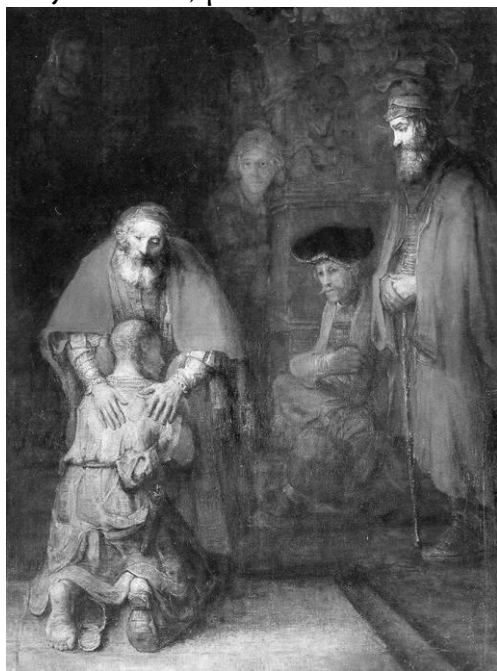
f) Jesús no enseña meramente; lo que enseña, lo hace él también. Su modo de ver, su relación con

Dios, toda su vida, están detrás de sus palabras. Puede preguntar a sus enemigos: “¿Quién de vosotros me hará convicto de pecado?” (Juan 8, 46). Y puede decir: “Sígueme” (Mat 4, 19; 8, 22; 9, 9; Marc 2, 14; Luc 9, 59; Juan 1, 43). Encontramos una gradación aún más profunda de su unión con la verdad, señala Guardini: “Ante Pilatos, Jesús dice: ‘Yo nací y vine al mundo para esto, para atestiguar sobre la verdad. Todo el que es de la verdad escucha mi voz’ (Juan 18, 37). En los discursos de despedida se dice: ‘Yo soy el camino, la verdad y la vida’ (14, 6). Y en la introducción a San Juan: ‘En el principio existía la Palabra, y la Palabra existía en Dios, y la Palabra era Dios. Ella estaba en Dios en el principio. Todo se hizo por ella, y sin ella no se ha hecho nada en lo creado’ (1, 1-3). Las tres frases constituyen una poderosa subida, y desvelan una relación con la verdad cuya índole sólo se puede entender despacio. Pero ésta no ha desplazado nada, porque está ella misma en la misión apostólica y tiene lugar en el Espíritu Santo”. Todo en Jesús es kerygma, mensaje, verdad...

g) Nuestro mundo se pregunta: ¿Qué es la verdad? ¿Hay una verdad, o se “hace”? “Verdad” significa que lo que es temporal se nos resuelve en lo que tiene validez eterna, que el ser de Jesús está abierto pues mientras que nosotros buscamos esa verdad Él es la verdad: “Yo soy” la verdad, nos dice,

no sólo en cuanto que no miente, sino en el modo de su existencia, la verdad está radicada en Él, el ámbito de la validez es Él, Él es la idea de verdad, la palabra no es algo que sale de una sabiduría limitada sino que no se pierde nada en esa expresión del interior pues Él mismo “es la palabra creadora desde la cual se hace posible todo hablar”, como expresa bellamente San Juan en el prólogo de su Evangelio sobre el “Logos” que existía “en el principio”. Por eso, “cuando enseña, no dice algo que estuviera ya dispuesto pero quizá escondido, sino que dice la verdad que Él es, y fundamenta toda la restante verdad. Es la idea por la que todas las cosas son verdaderas. En el ámbito y en la luz de sus palabras, son verdaderas todas las afirmaciones verdaderas. Pero con eso se ha elevado desde el concepto de Maestro imaginable por nuestra experiencia, hasta lo absolutamente único” (Guardini). Es decir, para saber si algo es verdad basta ponerlo –por decirlo de algún modo- en el “espejo de la verdad”, que es Cristo.

h) Sería maravilloso que Cristo Modelo del educador nos enseñara a participar de su autoridad, porque nos haga



participar de su autenticidad, pues el que de verdad es maestro es el testimonio, que sirve de modelo. Para ello, hemos de interesarnos por otros aspectos de su psicología: la coherencia, el ejemplo, la disciplina formativa, etc... El ejemplo de Jesús nos da la clave para profundizar luego en tantos valores. Concretamente, a enfocar el tema de la autoridad, que todo educador desea entender, ese misterioso talento, y distinguirlo del poder... el poder que se impone por la fuerza reprime al que está debajo, la autoridad en cambio tiene fuerza en sí misma y provoca seguimiento; es algo que se puede perder o ganar, y muchas veces pensamos en cómo "ganar la autoridad con mis alumnos".

Jesús es poderoso: en los milagros las cosas - para mostrar el reino de Dios- se sujetan a su voluntad. “Algo análogo debería ocurrir a todo el que lee el Evangelio sin cerrar su corazón”, dice Guardini, “debería percibir la potencia que se expresa” en los milagros: “se me ha dado todo poder en el cielo y en la tierra” (Mat 28,18). Todo se hizo por él (Juan 1, Colosenses 1). Esa autoridad se refleja en el pasaje ya citado del Sermón de la montaña: “les enseñaba como quien tiene autoridad, y no como sus doctores” (Mat 7, 28). Sus palabras a veces eran duras, atrevidas, llenas del impulso de la excitación, sino mucho más: sus palabras tocan el corazón allí donde no alcanza ninguna palabra

humana. Apartan el engaño y ponen al hombre delante del Dios santo. Llamam a la conversión de todo, incluso del que es bueno y piadoso ante el mundo, hacia Dios, y dan la posibilidad de realizarla. Sus palabras no sólo son significados, sino fuerzas; fuerzas procedentes de Dios, fuerzas del Espíritu Santo”.

“También hay poder en sus actitudes, en su acción, en su figura. Nos dicen cómo en Pascua echó del Templo a todos los compradores y vendedores”, con pocas palabras y unos cordeles trenzados le obedece una multitud: resplandece algo en él. Es un poder que “rige a través de todo. Forma una personalidad tremenda, una honda concentración del alma, de una voluntad perfectamente libre, que está entera en la sagrada misión, una presencia gigantesca... Pero por detrás surge más, desde Dios, tan inmediatamente, que, por ejemplo, después de la pesca milagrosa, estando sentado en la barca, Pedro cae espantado a sus pies y grita: -“Aléjate de mí, que soy un hombre pecador, Señor!” (Luc 5, 8-9). También en Nazaret, cuando enseña en la Sinagoga, admiran “las palabras de gracia que salían de su boca”, luego se enfadan con él. Esto nos lleva a otro aspecto importante de su psicología de Maestro.

2. CRISTO, MODELO DE EDUCAR EN LIBERTAD: SIN MIEDO, PORQUE HAY AMOR

Jesús no se deja condicionar por el éxito que tiene en la sinagoga de su pueblo, y proclama la verdad sin miedo, aunque esto cause el “fracaso”... **Él ha señalado la verdad fundamental del hombre: su libertad interior y su intocable dignidad.**



"Nunca queráis una virtud por sí misma, sino en cuanto que está encarnada en nuestro Señor", nos decían en aquella primera sesión: Jesús es el modelo. Si al ver la autoridad de Jesús nos fijábamos en su veracidad, ahora al ver la libertad hemos de centrar nuestra atención en el amor. Ya concluía Tomás Melendo que **“el fin de toda educación es ayudar a una persona a ejercer su libertad, a auto-conducirse hasta su propia perfección”**. *Fuimos creados por amor y vivimos para el amor; educar es enseñar ese amor, y la mejor pedagogía es con el amor.*

a) Veamos esta **compenetración entre la libertad y el amor** y su consecuencia: **no tener miedo**, como un segundo punto de ese fundamento

del educador que es mirar a Cristo Maestro, dejar que en nuestro corazón «nos quepa en él mucho más Dios», que Él crezca y yo me haga pequeño: y así nos pongamos entre paréntesis, desapareciendo en beneficio de los seres a quienes se ama. Jesús, al enseñarnos el Reino de Dios, su tema preferido (Mc 4, 23; 9, 35), nos muestra el amor de nuestro Padre y nos revela que es misericordioso. Es más, nos hace partícipes de su amor, que se adueña de nuestra capacidad de amar, y nos da una perfecta filiación en el Espíritu Santo, y con esto un amor fraterno para todos los hombres. El amor va unido a la libertad, pues nos muestra en la parábola del hijo pródigo su esencia: salir de la esclavitud del pecado y acoger el amor de Dios en una conversión (Luc 15, 11-31). Jesús invita a la mesa a los que según los judíos eran pecadores: "vino Jesucristo a este mundo para salvar a los pecadores" (Tim 1,15). Se podría decir que el primer mandamiento que nos da es "dejarme amar por Dios sobre todas las cosas" (Jn 15, 16; 1 Jn 4-10).

Esa es la gran verdad que nos muestra Jesús, y que nos une a toda su vida y doctrina: "Si permanecéis en mi palabra, seréis en verdad discípulos míos, y *conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres*" (Jn 8, 31-32). **Es libre el que conoce la verdad.** Jesús quiere la verdad, sin más. Su conocer y querer se dirigen a ella. Jesús se muestra libre ante las obligaciones (ante la Ley). Quizá **la gran maldad del**

demonio ha sido conseguir que seamos esclavos de las obligaciones, en vez de hacerlas por amor. La libertad de Jesús proviene de su conciencia de Hijo, y nos quiere dar esta **libertad de espíritu**. Así por ejemplo muestra el sentido auténtico de la ofrenda sin negar la justicia hacia los padres (Mc 7, 9-12), que no es el hombre para el sábado sino al revés, el sentido del descanso sabático (Mc 2, 23-28; Mc 2, 27), es decir nos quiere mostrar que el rigorismo está en contra de la voluntad de Dios (cf. Mc 3, 4), pues aquellas tradiciones que impiden el amor son esclavitudes, y hay que eliminarlas. He aquí unas sugerencias sobre la libertad ante la ley: la ley obliga al siervo, el hijo es libre y si obedece es por amor.

Decía uno en nuestros foros de catholic.net que, aunque hay un buen entendimiento en los equipos educativos en los que nos encontramos, a veces debido al carácter de las personas, o el espíritu de competitividad... puede haber servilismos... hay miedos en todos lados en nuestra sociedad, y también los podemos sentir nosotros, al estar condicionados



por el éxito y el buscar agradar, estar a la altura... y en lugar de ser buen maestro, estar como el pastor asalariado que se preocupa de él y no de sus ovejas... por eso veo muy importante profundizar en la psicología de Jesús.

“Si permanecéis en mí... conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres” (Jn 8, 31-32) indica **tres sentidos de libertad**: el apuntado, de que **ser libre es evitar toda falsedad**; y hay otros dos sentidos en la libertad, que nos enseña Jesús en esa frase: 2) de una parte, **la unión con Jesús por el amor da libertad**, hace tener la voluntad recia, da la fortaleza. 3) Por último, también se llama **libertad a sentirse en paz por la misión cumplida**, en la esperanza del cielo: es la libertad una potencia que cuando se elige se pone en acto, algo que es inútil hasta que se usa; en este sentido es libre el que se compromete, el que escoge lo que debe, lo bueno. De esta forma la libertad está unida a la verdad, de la que ya hemos hablado. En este apartado la vemos unida al amor –el bien- y en el siguiente apartado veremos la paz fruto del esfuerzo en ese fin. De hecho son las tres estructuras básicas de la felicidad: **tener un ideal, vivir de amor y luchar por superar los obstáculos...** de eso depende mucho la armonía entre estos tres puntos que son como los tres apartados: **la verdad, la libertad de amar, y la alegría del esfuerzo.**

b) Al hablar de la formación integral, se ha dicho con razón: "Cristo ha revelado al hombre el propio hombre", en la manifestación del amor del Padre. Cristo es hombre y un hombre integral, y es modelo en dos sentidos: para el educador: guía; y para el alumno, modelo al que mirar al formar.

La auténtica libertad comienza con la vivencia del



amor, el amor que une a Jesús al Padre le hace libre y romper con todas las esclavitudes de su tiempo. Es la liberación de todo mal: "Cristo es el único que puede dar sentido a nuestra vida. En Él se encuentra la paz, la serenidad, la liberación completa, porque Él nos libera de la esclavitud radical, origen de todas las demás, que es el pecado, e inspira en los corazones el ansia de la auténtica libertad, que es el fruto de la gracia de Dios que sana y renueva lo más íntimo de la persona humana" (Juan Pablo II).

Formar es ayudar a ser buenas personas, lograr un desarrollo de todas sus capacidades y cualidades humanas según el modelo, Jesús:

conocimiento personal, lucha por adquirir un recto orden entre pasiones (sentimientos, emociones), que han de estar regidas por la voluntad (moderación de la templanza), y ésta obediente a la inteligencia (fortaleza, justicia) que deben regirlas a todas (prudencia). Esta es la libertad auténtica. Es muy alta la meta que esta misión de formadores nos presenta, pero es posible cuando no perdemos de vista al modelo: Cristo, y aprender a su lado: Él nos es modelo de aprender, es obediente y buen “alumno”, al mismo tiempo que maestro pues no hay mejor maestro que el que sabe seguir aprendiendo. En la escena del templo, por ejemplo, lo decisivo de la personalidad de Jesús ya está ahí, después creció en la medida del adolescente y del hombre (Lc 2, 52): “en sabiduría, en estatura y en gracia” y no sólo “ante los hombres”, sino también “ante Dios”. Es un crecimiento dentro de una forma que ya está desde el principio llena de sentido. Saca a la luz poco a poco aquello de lo que se trata: una existencia de índole particular”. Más que trabajar frente al alumno, hemos de procurar ir juntos hacia Jesús, en ese advenimiento continuo en el que quiere nacer en nuestro corazón.

c) Nos decían también muy bien ya desde la primera sesión que **el secreto de la educación es imaginar a cada ser un poco mejor de lo que es en realidad**. ¿Qué hay más alto para fomentar nuestra

autoestima, que lo que nos dice Jesús: ser con él hijos de Dios, santos, perfectos como el Padre celestial lo es? De ahí sí que surge una sana superación personal que empuja a luchar. Es necesario crear ese ambiente favorable en el que florezcan los buenos sentimientos, se adquieran auténticos valores, se luche por los ideales, y de ahí surjan las virtudes: comportamientos propios de una personalidad a la medida del verdadero arquetipo de la antropología cristiana: Cristo. La clave de la verdadera eficacia educativa es saber mostrar esa verdad en el día a día; **formarnos en la personalidad de Cristo**, verdadero hombre-Dios. Y hay que recordar que la verdadera eficacia sobrenatural parte de la gracia; sin ésta, nada se logra.

Juan Pablo II decía que el educador, en su actividad docente diaria, debe de conducir al alumno a la presencia de Dios, con caridad y fortaleza, acercándose a ellos con prudencia, en especial a los que más necesiten de él, pues en muchas ocasiones una sola palabra de aliento mantendrá viva la esperanza para continuar progresando. “No os desaniméis en el extraordinario camino de amor que es la educación. Que os conforte ver la inagotable paciencia de Dios en su pedagogía con la humanidad, ejercicio incesante de paternidad que se reveló en la misión de Cristo -Maestro y Pastor- y en la presencia del Espíritu Santo, enviado a transformar

el mundo. La labor de educar se presenta como ministerio de colaboración con Dios, que ciertamente será fecunda”. Como nos indica Jesús, mis escogidos no trabajarán inútilmente.

d) Esto nos lleva a la falta de miedo de Jesús... no significa que fuera insensible; no se trata de ser de sangre fría, o temerario; o de no ver el peligro donde lo hay... Su falta de miedo es fruto de la paz de quien sabe lo que va a ocurrir (querido por Dios, o permitido), y lo quiere. No hay crisis en su valentía, no le pasa lo que a nosotros en las crisis: que se nos oscurece el sentido de lo que queremos, y la voluntad cae en el vacío. No necesita defenderse ante las injusticias en la lucha por la vida y hacer prevalecer sus intenciones, excusarse o ser sagaz: todo en él es unitario, la gloria del Padre y la salvación del mundo. Él no, aunque padezca mucho, aunque diga “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?” (Mt 27, 46). Pues cuando se siente abandonado por Dios, se abandona enteramente en Él.

No es como los profetas que realizan acciones que sobrepasan totalmente la medida del hombre que las realiza, suben sobre sí mismos, para luego precipitarse por debajo de la medida de un hombre normal. Pasa el poder por ellos, y al retirarse, se quedan impotentes... nosotros también en ocasiones hacemos de instrumentos para cosas grandes, y

podemos hundirnos por no soportar aquel peso, nos quedamos secos, sin recursos como las vírgenes sin aceite. En Jesús ocurre de otro modo: en su acción y experiencia, están absolutamente unidos y de acuerdo consigo. La acción no sobrepuja su posibilidad, sino que es su claro fruto. Lo que ocurre en la montaña y en el Huerto de los Olivos, no es nada anormal, sino que manifiesta en forma mayor lo que ya está siempre en él: la plenitud de sentido y poder del Enviado, así como la fecundidad del sacrificio requerido por el Padre. En el profeta (1 Cor 4, 9ss) hay distinción entre misión y ser, servicio y energía propia, para la misión se me da la fuerza, como también puedo quizá sobrellevar unas preocupaciones de los demás, y después quedarme hundido por ellas, es un proceso psicológico que genera afán de compensaciones, al no superar esa dualidad. En Jesús esto es fundamentalmente diferente. Misión y ser, tarea y voluntad, servicio y fuerza, son una sola cosa. El es lo que significa, El tiene aquello para lo que ha sido enviado; puede lo que debe. El no se apropia algo que no le corresponda. Siempre es Él mismo. Jamás se ve una fisura. Más aún, en el comportamiento de Jesús siempre se vuelve a recibir la impresión de que tiene enteras reservas sin utilizar; de que es más de lo que parece; de que puede más de lo que hace (R. Guardini).

En la Cruz, cuando grita “Eli, Eli, lemá sabajthanei?- que es: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?” (Jn 27, 46), no se hunde. En San Marcos está casi con las mismas palabras (15, 34). A primera vista, esta invocación podría expresar el más hondo



desánimo: un hundimiento en el núcleo más íntimo

de toda la persona de Jesús, esto es, en su relación con el Padre. Y el 'gran grito' que sigue después, manifestaría aún más fuertemente el desgarramiento" (Romano Guardini), no es como el grito desgarrador, angustiado, de los cuadros de Munch, sino lo que vemos pero en su lugar Lucas dice "Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu" (23, 46). Por tanto, el 'abandono' no deja abolido el sentido de confianza, sino que forma un todo con él. Este conjunto tiene evidentemente la misma



estructura que la invocación al rezar en Getsemaní, en la cual la angustia y el ruego de ser librado van unidos con la total entrega a la voluntad del Padre; como además, en general, la muerte de Cristo no puede ser separada de esa hora en Getsemaní, sino

que debe ser entendida como su cumplimiento y

planificación... La muerte y la resurrección están unidas indisolublemente en una totalidad desconocida para una conciencia meramente humana” (R. Guardini). De ahí podemos aprender a ser no canal, sino fuente, dar de lo que tenemos, no quedarnos sin nada...

Hay una cosa misteriosa que vemos en los santos, e intuimos en Jesús: una subordinación de lo personal a la obra, vive para la misión: en ella alcanza su plenitud lo personal: ”hacia análoga dirección apunta esa ausencia de temor, tranquila, procedente enteramente de la misión y de la cosa [persona], con que lleva a cabo su misión; ni retrocede, ni se pliega, ni rompe hacia delante [no huye], ni cede, ni se remonta a lo alto... y a su vez, su profunda bondad en la justicia: su respeto ante la libertad; el ancho espacio que da a la existencia; su manera, que sólo se hace evidente despacio, de no decirlo todo, sino precisamente aquello por lo cual se pone en movimiento la existencia...” (R. Guardini). Esto implica que no “hacemos” de educador, “somos” educadores. Para esto, lo importante no es ser un genio, sino vivirlo. Eso nos invita a ser testimonios, testigos, protagonistas y no teóricos, a ser personas de convicción, y por eso con decisión...

e) Jesús no es un “genio”, una persona locamente apasionada por un objetivo: en él no se encuentran esas señales de crisis y peligros, de realizaciones extraordinarias, y otra vez, de fenómenos de déficit, que condicionan la imagen de la personalidad genial. El sermón de la montaña parece vulgar, tiene la sencillez de las cosas grandes: pero cuando vemos que contienen toda la sabiduría de su tiempo, toda la revelación del Antiguo Testamento, y que está estableciendo una nueva manera de ver la providencia divina basada en la verdad de que somos hijos de Dios, de que ese Dios padre nos ama y esto es el fundamento de todo actuar, de que estamos en la casa del Padre y el mundo es nuestro hogar... empezamos a marearnos por la profundidad-riqueza de contenido, y nos perdemos en el misterio... aquellos textos reaparecen como los más profundos, los más fuertes, los más creativos, los más sublimes que se han dicho nunca. Aparece ese carácter insólito de la sublimidad unida a la sencillez de lo ordinario. Aparece una cosa nueva, y es que no dice todo lo que sabe, nos dice lo que nos conviene, y sus palabras y acciones sólo son chispa de algo que queda detrás, superando a toda expresión. Aparece este “yo” (Mt 11, 25; arc 14, 36; Luc 23, 46; Juan 11, 41) divino que da origen a mi fe, una relación con el Padre que da lugar a la piedad: nos desvela el rostro del Padre y así le podemos dirigir la palabra.

De su unión al Padre recibe el poder (Mat 12, 27; Juan 13, 3) y está siempre en amor y obediencia a Él (Marc 14, 36; Luc 2, 49; Juan 5, 30); considera su propia obra entera y perfecta al difundir el Reino del Padre (Luc 22, 29; Hechos 1, 7): en eso consiste también nuestra misión y vida. No tiene “sus planes”, como no tengo que agobiarme porque algo no sea de mi gusto (el mundo, mis alumnos, mis defectos). Todo está supeditado a la misión, es libre porque no tiene tampoco decaimientos infantiles ni rebelión, debilidad del desánimo ni rencor o celos, como aparecen en nuestro horizonte vital porque aún tenemos una libertad imperfecta.

Hay dificultades para obedecer, vivir un reglamento, trabajar en equipo... pero es fundamental, un tema básico, otro aspecto que aquí está apuntado: no implicarnos en una persona a la que educamos hasta el punto de quedar comprometidos en sus cosas: podemos llorar con los que lloran (como Jesús con las hermanas del difunto Lázaro) pero tener la distancia suficiente para no dejarnos arrollar por esos sentimientos de los que ayudamos, pues entonces ya no podríamos ayudar. Ese “transfer” que se da en la empatía con esa persona tiene efectos espléndidos como el desbloqueo afectivo, salir de una situación emocional enfermiza... pero entonces procuramos llevar a esa persona a Jesús, que entiende y hace suyas esas

preocupaciones, y nosotros también las “vaciamos” en Él, para no quedarnos con esa carga: como el pararrayos, encontramos la “toma de tierra”, que en este caso es de cielo. Si no, las personas se dan y sin embargo a la vez no pueden soltarse: permanecen colgados de sí (egoísmo), o caen sobre el otro como una carga (enganchamientos y dependencias afectivas). Y si el otro se entrega, entonces no es capaz de recibirle totalmente y guardarle; sino que el otro, al llegar, entra en casa de alguien que no está en su casa en sí mismo, porque no se posee, no le recibe como libre, sino que le ata, le toma en posesión. Aprendamos del modo de obedecer y mandar de Jesús, de cómo se entrega en el trato sin perderse a sí mismo, de su enseñanza y misterio, y también de recibir el regalo de la confianza de los demás, de los que creen en Él, todo ello emana de una libertad de carácter único.

f) Esto nos lleva a la interioridad: Hay que trabajar para adentro, en el silencio creador de la vida interior. Hoy el maestro se encuentra inmerso en un activismo demoledor con el pretexto de las preocupaciones materiales, incapaz de hacer un momento de silencio y procurar un verdadero descanso, aludiendo a una carencia económica que no le permiten reposar; sin embargo, encuentra momentos de escapar en evasiones que suponen pérdidas de tiempo, como ver mucha televisión, o

desorden en el fin de semana, que le hacen regresar a sus clases cansado.

Todo ello le transforma en una persona sobresaltada, presurosa, superficial, carente de visión. **La vida interior da fuerzas:** "El Señor, sin hacer caso de su escándalo, enseñaba públicamente la verdad. Y así se lee en San Mateo, que cuando los discípulos dijeron al Señor ¿No sabes que los judíos, al oírte, se escandalizaron? Les contestó: Dejadlos, son ciegos y guías de ciegos. Si un ciego guía a otro ciego, ambos caerán en la hoya" (Mt 15,12-14). "La educación es cosa de corazón", de esa vida rica que es la amistad con Jesús y que se proyecta fuera, mostrándola en el trato de los jóvenes, en la clase y en la calle... ante el relativismo actual, temeroso del compromiso y sumergido en sus preocupaciones materiales. Se puede decir entonces que educar es buscar la perfección del hombre, es hacer "atletas de Cristo". El buen educador debe contemplar la verdad armonizando el silencio, la admiración y la estudiosidad que le permitan, callar o hablar en el tiempo oportuno, pues todo tiene tiempo, "hay un tiempo de nacer y un tiempo de morir, tiempo de callar y tiempo de hablar" (Ecl 3,1,2,7). De ese silencio hablaremos con más detalle en la conclusión.

g) Así, Jesús no sólo es más libre, separado de posibles enredos, resuelto en una decisión más profunda y enérgica, sino que se trata de algo radical, que funda un nuevo carácter que nos

interesa también encarnar. Es algo que no se exterioriza en cosas insólitas de actuación y proceder, sino en una soberanía esencial, que se hace perceptible en todo, que da un sentido existencial propio a todo ser, comportamiento, palabra y actuación: “he descendido del cielo no para hacer mi voluntad sino la de Aquel que me ha enviado” (Jn 6, 39). Esa **conciencia de la misión va unida a la autoridad** que le hace proclamar: “habéis oído que se les dijo a los antiguos... pero yo os digo...” (Mt 5, 21-27-33-34); “el cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán” (Mt 24, 35); “Yo soy la luz... el camino, la verdad y la vida” (Jn 8, 12; 14, 6). De este mismo sentido vocacional procede aquel modo de entrega de sí mismo, inaudito y convincente, que funda “en su memoria” el misterio de la Eucaristía (Luc 22, 17, 19s.; 6, 51 y 57), algo de locos si fuera sólo un hombre. Diciendo lo que nunca ha dicho nunca ningún hombre, y haciendo lo que nunca ha sido capaz de hacer ningún hombre, puede entregarse así libremente porque es Dios. Pero podemos observar que lo hace estando “en su casa”, no busca nada, estaba dentro de sí, se poseía de modo definitivo: por eso podía darse en sacrificio de la Redención y para alimento de la nueva vida. Sin esa libertad sería insoportable toda palabra y toda actitud. Esto nos ayuda mucho, voy a citar un ejemplo de mujer pues ahí la renuncia puede verse como obligada: cuando una maestra está hundida

porque no le reconocen aquellos servicios y está como esclavizada en una entrega que no le deja “vivir” a ella, es que no “está en ella” y por eso no vive.

La entrega necesita libertad, y la libertad posesión de sí. Para darse hay que “tenerse a sí mismo”, no “entre-tenerse” haciendo cosas. Ese carácter único de la libertad de Jesús -Jesús es libre en Él, porque Él es “él mismo”- nos abre perspectivas de gran calado: Ser el que somos; no querer aparentar, estresados por alcanzar un “modo típico que se espera que yo sea”, sino estar en sí, vivir y actuar por mí; enfrentarme a las cosas y volver a mí mismo desde ellas. Así es Jesús: no sólo más fuerte, más grande, más tranquilo, más perfecto... diverso. De aquí la obviedad y extrañeza a la vez, la autoridad inalcanzable pero que nos da alcance. De aquí que sea el comienzo de una cadena de entregamiento a Él de esa manera que se llama fe. Confianza, cum-fide = con fe, que no consiste en someterse, sino en encontrar a aquel en quien es posible confiar, el que es capaz de motivar esa confianza. Jesús nos dice: “confiad en mí”, y es capaz de ser merecedor de que digamos: sí, confío. Ejemplo de lo que queremos suscitar en la educación. Claro que en Jesús “su entera existencia es ‘milagro’: irrupción en la trabazón del mundo, de modo que se podría decir: tal modo de existencia no es posible

por parte del mundo y de sus presupuestos, conocidos para nosotros. Con ello entra algo más a la vista. Su existencia es signo, manifestación de lo divino, epifanía. Algo de eso resplandece en la fórmula que reaparece frecuentemente en San Juan: ‘...que yo soy’. Así dice (8,28) a sus adversarios: ‘cuando elevéis al hijo del hombre, reconoceréis que Yo Soy’. Claramente señala al Evangelista la epifanía del Kyriotes Cristo: ‘hemos visto su gloria, gloria de su Padre como único Hijo’ (1,14)” (R. Guardini). No le importa su gloria, ni su salvación, sólo hay preocupación por su misión. No deja de sufrir, pero el dolor no le priva la razón como al niño, sino que su madurez le hace responsable, saber seguir a pesar de todo.

h) Dice San Juan que **el que tiene miedo** no es perfecto en la caridad, es decir **no sabe querer**. Jesús no tiene miedo de que no le sigan, no quiere imponerse: en su amor a la libertad deja espacio para reflexionar, para poder hacer propias las ideas: “si alguno quiere venir en pos de mi...” es una invitación a no forzar las cosas, y no abusar de la confianza ciega cuando puede entender razones de la inteligencia y del corazón (el diálogo con el joven rico tiene todos esos ingredientes): el maestro ha de ofrecer la ciencia para que el otro piense, se esfuerce: no ha de metérselo a la fuerza, ni sustituirle en el

esfuerzo. En la Sinagoga de Nazaret no buscó el éxito, sino que Jesús se identifica con su misión, no teme a nadie. El temor es de esclavos, no del hijo, que está en el mundo como en su casa, pues su Padre cuida de él. El hijo no está obligado a nada, es libre. Así pues, la libertad viene de la filiación divina. Pues en su pueblo todos van contra él al no soportar la verdad, y quieren despeñarlo, pero él no suplica, no los ataca: “él pasó por en medio de ellos y se marchó por su camino” (Luc 4, 30). No le afectan los fracasos, cuando son por cumplir la voluntad de Dios. Es un poder silencioso que se irradia, divinamente tranquilo, ante el cual los demás no saben qué hacer y lo dejan. Y en la violenta escena del Prendimiento en Getsemaní, ante la tropa armada que irrumpe con violencia, Él dice: “¿A quién buscáis? Le contestaron: -A Jesús el Nazareno. -Él les dijo: -Soy yo... se echaron atrás y cayeron por tierra” (Juan 18, 5-7)”. La clave de la comprensión de su psicología es que si bien cuando yo digo “soy” expreso mi más íntimo ser, lo más hondo de mí, en Jesús esto es más profundo, mucho más pleno. Yo me poseo cuando no estoy dependiendo de los demás, es decir cuando soy más libre y menos atado al qué dirán, etc. O también, cuando no me dejo llevar por el éxito sino por mi misión. Cuando estoy menos condicionado por los otros, o por las diversiones que me ponen o la esclavitud en el trabajo (estar entre-tenido) y me “tengo” a mí

mismo, me poseo. La existencia de Jesús está en que él no se encuentra a sí mismo, “es Él”. Cuando dice “Yo” es Dios que traspasa y posee plenamente ese hombre que también es Dios. Cuando dice “Yo soy” es Dios quien habla en el fondo, dentro del misterio de que la conciencia humana de Jesús a veces esté más viva que este fondo divino. Es el “Yo soy” divino que se revela a Moisés (Ex 3, 14) el que ahora se encarna (cf. Juan 8, 28).

i) Se habla mucho de la importancia de la educación emocional, afectiva, la educación del corazón. Con empeño, en una repetición de actos buenos, la persona se vuelve firme, tenaz y perseverante; sabe lo que quiere y supera las dificultades. Y hasta la sensibilidad va adquiriendo una finura y delicadeza, que ya no sufre casi enfados pues –iluminada por la inteligencia y moderada por la voluntad- da frutos de serenidad, da paz a los demás. Esas virtudes -la honestidad, responsabilidad, servicio, fidelidad, justicia, generosidad, paciencia, bondad...- están encarnadas en Jesús, que nos enseña a vivirlas: no se impacientaba cuando instruía al pueblo, no le gritaba, no recurría a castigos físicos; contestaba las preguntas sin soberbia ni suficiencia, y respetaba la libertad y los tiempos de cada uno. Es criterio y norma de conducta, algo que ningún judío había osado hacer abiertamente, y en nombre propio: -“(…) Si pues Yo, el Señor y Maestro, os he

lavado los pies, vosotros también debéis unos a otros lavaros los pies, porque os he dado el ejemplo, para que hagáis como Yo os he hecho (...).” Nos anima a la perfección que Él alcanza, y así lo pide al Padre: “Santificalos en la Verdad: la verdad es Tu Palabra” y nos anima a participar íntimamente de su vida: “Si alguno Me ama, guardará Mi Palabra, y Mi Padre lo amará y vendre-mos a él y haremos morada en él”, responder a la llamada de amor primera: “Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto.”

Jesús es el Maestro, en él no hay miedo, ni intranquilidad, ni artificio; esta serenidad en Cristo, que deseáramos todos, viene de armonizar la contemplación y la acción, en una alegría y paz que veremos en el tercer y último apartado. Un maestro encuentra ahí su modelo, cuando su actividad docente, todo trabajo, se basa en el fundamento del silencio creativo, de la verdad interior, de la contemplación y oración. Y así el maestro descubre su misión, y verá lleno de esperanza que vale la pena trabajar con entusiasmo. Y verá que no todo se trata de resolver todos los problemas, como Jesús no los resolvió, sino cumplir esa misión a la que ha sido llamado, que todo tiene su “hora, que ha llegado” (Juan 2, 4; 7, 30; 8, 20).

* * *

Pasamos a ver en el modelo que es Jesús la consecuencia de la lucha en la labor educativa, que es el gozo que da la entrega, y la paz de la misión cumplida. Le pedimos a Jesús que nos ayude a ser fascinadores y entusiastas de nuestra vocación, con un amor imaginativo que lleve a cuidar de cada uno y del ambiente, para crear un clima de auténtica libertad; y que para ello cultivemos una piedad sentida, eucarística, mariana. Que Jesús nos haga de Maestro, como en la sinagoga, cuando explicó los dones del Espíritu Santo: sabiduría, inteligencia, ciencia y consejo... para que –participando de esa divina ciencia- sepamos ayudar con las clases preparadas, el cordial entendimiento entre los colegas, la atención a cada alumno... y junto a ello amor según el corazón del Maestro Divino, que es lo que más enseña. Que podamos ser buenos alumnos de tal maestro como fue san Pablo, ser como él padre (cfr 1Cor 4,14-16; 1Tes 2,8-11), y también madre (Gál 4,19), y decir con él: «Hijos míos, sufro por vosotros como si estuviera de nuevo dando a luz hasta que Cristo sea formado en vosotros» (Gál 4,19).

Que María Santísima, la más excelsa colaboradora del Espíritu Santo, dócil a sus inspiraciones, Madre y guía del educador, con su vida y palabras nos lleve a "Hacer lo que nos diga Jesús" (cf. *Jn* 2, 5), nuestro Maestro y Señor.

3) JESÚS Y LA EDUCACIÓN EN LA FELICIDAD.

Educar es enseñar a vivir, a ser feliz. Pero los caminos que Jesús enseña no son los del mundo, sino las bienaventuranzas (Lc 10, 20-23): felices los pobres y hambrientos de justicia, los que lloran y son rechazados... los que se sienten necesitados pueden ser felices; todos necesitamos de Dios, como celebramos cada año en el adviento siguiendo aquello de san Juan Bautista: “conviene que yo me haga pequeño y Él crezca en mí”, y dejar espacio al Señor, vencer el egoísmo. La alegría es consecuencia del amor, de la lucha y de la entrega por amor, y el fruto es el gozo de la posesión del bien, en el que está la felicidad.

a) La alegría de una vida con sentido. Hoy se publican muchos libros de autoayuda, con ideas psicológicas interesantes, pero muchas veces falta el fundamento del sentido de la vida: la humanidad está desmemoriada, no sabe que es hija de Dios, no conoce a su padre, no sabe qué hace en el mundo, es huérfana. No hay mejor motivo para vivir contento que sentirse hijo de Dios. ¡Tantas angustias vienen de olvidarlo! En la parábola del hijo pródigo está toda esta pedagogía de Jesús, nos hace sentirnos amados siempre por Dios, siempre podemos volver a Él.

Navidad nos recuerda que lo más divino del amor es el perdón...

La presencia de Jesús da alegría: cuando la Virgen, llevándolo en su seno, visita santa Isabel, salta de gozo el hijo que lleva en las entrañas ante la proximidad del Salvador. ¿De dónde viene esa alegría? Nos lo dice el ángel en el anuncio a la Virgen María: “alégrate... el Señor está contigo”; también lo hemos proclamado con palabras de San Pablo estos días: “Estad siempre alegres en el Señor, os lo repito, estad alegres. (Y enseguida nos da el motivo de esta alegría): El Señor está cerca”. Jesús llevaba este gozo, que a veces se convierte en entusiasmo, como cuando da gracias al Padre, al ver la gente sencilla que se abren a las cosas del Reino de Dios (Lc 10, 21-24). La esperanza da significado y valor a la existencia, y da el sentido auténtico al “tener” sin esclavizarse, a la persecución de metas sociales, científicas y económicas sabiendo que no bastan para satisfacer nuestras aspiraciones más íntimas. La alegría acompaña a la esperanza. Una persona desesperada ni está alegre ni lucha por un ideal. Para el mundo en el que vivimos, con las tinieblas de la violencia, icuán necesaria es la esperanza que Jesús trae con su Nacimiento! Emmanuel es verdaderamente “Dios con nosotros”: el Hijo de Dios viene al hombre para que el hombre se haga hijo de Dios.

b) **La alegría viene de la exigencia, de la disciplina del esfuerzo.** En toda educación la disciplina ha ocupado un lugar muy importante: Jesús también usaba de **la advertencia (Mc 8, 15), de la prevención (Mt 26, 41) y del elogio.** Sin embargo, no están ausentes de su disciplina el **reproche suave** o reconvencción y el **reproche severo**, y hay -con este sentido educativo- abundantes referencias a **recompensa, castigo y juicio final.** Esta disciplina será correcta si va dirigida a un fin, no hay que exigir un comportamiento hipócrita en cumplimiento de cosas externas, sino que debe la educación mirar al respeto a los demás, al orden y urbanidad, el comportamiento exterior debe expresar una verdad interior. Mi papel como educador será de servicio al proceso del perfeccionamiento del alumno, y no el que impone unas reglas, pues el protagonista principal es el alumno, y Jesús con él: Él lleva la iniciativa de auténtico Maestro, y nosotros somos aprendices.

c) **Se trata de una alegría con contenido.** “La alegría, que fue una pequeña aparición del pagano, es el gigantesco "secreto" del cristiano”, decía Chesterton.

Es un bien cristiano, fruto de la filiación



divina, y, como consecuencia, de ver todas las cosas con los ojos de la fe: se desborda en serenidad, es contagiosa y arrastra, se comunica al tenerla. Se manifiesta en esa paz que da saber que “*para los que aman a Dios todo es para bien*” (Rom 8, 28), de que detrás de todos los azares de la vida hay siempre una última razón de bien, que le permite amar a Dios como hijo. Es importante en la educación transmitir esa paz, de que pase lo que pase será lo mejor, si uno tiene amor, todo ello basado en la providencia divina (Mt 5-6). Entonces, todo es Gracia. Me basta atreverme, para entrar en ese mundo, donde antes se veían dos dimensiones, ahora descubro la profundidad, y donde todo era monótono, aparece la figura de Jesús, una presencia que –como el viento- no se ve pero se siente, da sentido a todo. La paz es concordia entre muchas cosas, tranquilidad en el orden, cuando hemos vencido (también vencemos al rectificar), conseguimos la paz, y -dice S. Gregorio nacienceno- entonces “nos convertimos nosotros mismos en paz, y así demostramos en nuestra persona la veracidad y propiedad de este apelativo de Cristo.

Además, considerando que Cristo es la luz verdadera sin mezcla posible de error alguno, nos damos cuenta de que también nuestra vida ha de estar iluminada con los rayos de la luz verdadera. Los rayos del sol de justicia son las virtudes que de él emanan para iluminarnos, para que dejemos las

actividades de las tinieblas y nos conduzcamos como en pleno día, con dignidad, y, apartando de nosotros las ignominias que se cometen a escondidas y obrando en todo a plena luz, nos convirtamos también nosotros en luz y, según es propio de la luz, iluminemos a los demás con nuestras obras.

Y, si tenemos en cuenta que Cristo es nuestra santificación, nos abstendremos de toda obra y pensamiento malo e impuro, con lo cual demostraremos que llevamos con sinceridad su mismo nombre, mostrando la eficacia de esta santificación no con palabras, sino con los actos de nuestra vida”. Esta es la auténtica alegría, la que viene de esta singular victoria con nuestras pasiones. No es cierto lo que pintan los modernistas, esos cuadros naturalistas donde parece que no hay pecado original, esa inocencia es ficticia, como la de los hippies, pues la vida es lucha y la alegría es el premio de la victoria.

d) Para ello hace falta **humildad, que da impulsos para luchar**. Cuando uno se vacía del orgullo, puede decir con S. Pablo: “Todo lo puedo en aquel que me conforta” (Fil 4,13); aunque haya dolor Jesús no se hunde, es más, la alegría hunde sus profundas raíces en la cruz, que se convierte en algo positivo. La alegría tiene que ver con la lucha por ser mejores, por hacer un mundo mejor. En cambio, cuando falta humildad aparece la tristeza, ese estado expresivo de falta de plenitud, un efecto cuya causa

está en las distintas formas de egoísmo: afán desmedido de estimación, deseo desordenado de afirmar la propia personalidad, una incondicionada adhesión al propio criterio, la rebelde falta de reconocimiento y de aceptación de las propias limitaciones, de la propia culpa... Y muchas angustias vienen de considerar que la culpa está en todos lados menos en donde hay que buscarla, se busca un "chivo expiatorio", algo donde poner la culpa de todo, y mientras uno se castiga a sí mismo por algo que no quiere reconocer en el inconsciente, echa las culpas a los demás con agresividad... Otras formas de educación deficiente son el "angelismo": un afán desmedido y desordenado de perfeccionismo, que es una forma refinada de narcisismo, es decir, el estado más profundo del amor propio. Es una hipertrofia del yo. El propio yo se identifica con la imagen ideal que se tiene de sí mismo, un deseo digno de prosecución se toma por una realidad adquirida y a ella se sacrifica todo lo que en nosotros es relativo y contrario... El hombre debe confesar sobre todo su imperfección, el grado realmente adquirido de perfección o desarrollo, con su juego y sus conflictos instintivos, porque el hombre es capaz de atentar un ideal elevado y de sacrificar a ese ideal incluso la verdad y el amor (J. Caruso).

e) **Educar es hacer feliz, haciendo felices a los demás.** Enseñar la felicidad es aprender a buscar la de los demás y encontrar así la nuestra. Es ver la



pers
ona
com
o
don
,
grat
uida
d.
Hoy
esta
mos
ocu

pados en nuestros egoísmos y damos cosas en la educación, pero no nos damos, por eso sobran profesores, faltan maestros, que tengan interés por el alumno. Ninguna dedicación a cosas estructurales y de planificación sustituye lo esencial de la educación: la entrega de la persona: toda la vida de Jesús es entrega hasta la plenitud de la Eucaristía donde se nos da del todo por amor. Aprender a amar y a darse es lo más alto, y fruto de la lucha por esa vida llena viene la felicidad, que es la alegría que viene de haber hecho las cosas bien, de haber procurado ser honesto, alegre, dinámico, aprender a trabajar en equipo, procurar ser generoso, etc. Todo ello lleva a

una entrega sin condiciones, como vemos en el hogar de Belén: José es la existencia en pronta disponibilidad a lo que Dios le pide, como también María, modelo de sumisión al designio divino de la salvación. Jesús se nos muestra vulnerable, muy cercano: niño. “En Belén nadie se reserva nada. Allí no se oye hablar de mi honra, ni de mi tiempo, ni de mi trabajo, ni de mis ideas, ni de mis gustos, ni de mi dinero. Allí se coloca todo al servicio del grandioso juego de Dios con la humanidad, que es la Redención”, decía san Josemaría Escrivá. Ese servicio es fuente de alegría. La felicidad viene cuando buscamos la de los demás. Esto da energías, entusiasmo para ver siempre adelante, para no hundirse ante los fracasos, que nos hacen más humildes, una determinación para no desfallecer pues no estamos solos.

Estamos llamados a mirarnos en Cristo, tener sus sentimientos, alegrarnos al ver cómo el cielo se alegra por un pecador que se convierte. Estamos llamados a llenarle a la gente los bolsillos de esperanza, pues el hambre y la sed hacen mucho daño, pero lo que mata más rápido es la desesperación. Estamos llamados a tener confianza en los demás, como Jesús, pues no hay cosa peor que decirle a alguien, o hacerle entender, que es un desastre, que no puede cambiar. Y no hay cosa que anime más a alguien que tener fe en él, esa fe va unida al amor, sabiendo que si ponemos de nuestra

parte Dios no nos dejará. Ése es el profundo motivo de alegría, de dar gracias por todo, porque así todo es bueno: “Alegraos siempre en el Señor; de nuevo os digo: alegraos. Vuestra amabilidad sea notoria a todos los hombres (...). Por nada os inquietéis, sino que en todo tiempo, en la oración y en la plegaria, sean presentadas vuestras peticiones acompañadas de acción de gracias” (Fil 4, 4-6).

La felicidad es para lo único que el hombre

no tiene
libertad;

no

tenemos

cómo

buscarla

en sí

misma, el

problema

es qué

medios

utiliza el



hombre para conseguirla, pues puede equivocarse; incluso puede equivocarse en el mismo concepto de felicidad. No hay cosa peor que engañar a los demás con una falsificación de la esperanza, como suele hacerse tantas veces, en esa sociedad del tener. En cambio, “lo que se necesita para conseguir la felicidad, no es una vida cómoda, sino un corazón enamorado”, pensar en los demás. “No eres feliz,

porque le das vueltas a todo como si tú fueras siempre el centro: si te duele el estómago, si te cansas, si te han dicho esto o aquello... / -¿Has probado a pensar en El y, por El, en los demás?" (J. Escrivá). Hemos de ayudar a pensar: qué produce alegría y qué la quita... Pensar sin son cosas, personas, otros, nosotros mismos... Qué pasa cuando pensamos sólo en "tener", y cuando disfrutamos en "ser"; cuando queremos recibir o dar; y si son cosas materiales, o priorizamos las espirituales (amistad, religión, amor). Por ejemplo: el trabajo, ¿me produce alegría o tristeza? ¿me esclaviza o libera? ¿Busco la comodidad mía o la de los demás? ¿Miro a los demás por lo que valen en sí mismos, o por lo que valen para mí? ¿Me cuesta dar, lo veo con gozo o me supone una carga? ¿Servir?: ¿busco el servicio, cuáles son mis detalles de servicio habituales con los demás? ¿Cuando mi cabeza está más libre -no tiene que hacer un problema de matemáticas- pienso en mí, en alguien, en Dios, en cosas...?

Podemos también repasar las aspiraciones de la vida... Lo queremos todo, pero hemos de aprender a concretarlo en el pequeño detalle de cada momento: una puesta de sol o una mirada de amor: Aspiraciones de ahora mismo... Aspiraciones para mañana... -¿Qué me ilusiona más en estos momentos? -¿Tengo habitualmente buen o mal humor? ¿Tengo mal genio? -¿Voy con agobios por la vida?

La alegría procede de amar, y amar se concreta en dialogar con otro, pensar en otro, dar a otro, servir a otro. ¿Quién es ese otro, en función del cual se hace todo? ¿Dónde tienes el corazón? ¿Qué amas? ¿Por qué haces las cosas?

María, la más feliz de las criaturas, es “causa de nuestra alegría”: la más amable, la que más goza, también es la que más sufre: ¿por qué aún me creo esa mentira de que el sufrimiento es incompatible con la felicidad?

Una terapia para cambiar el mundo; que decía Dios a un alma: “Sonríe a todos. Pondré gracia en tu sonrisa”. Aunque nos cueste, no es falsa pues bien dice el salmo: "Se alegre el corazón de los que buscan a Dios" (105, 3). Lo veía muy bien S. Agustín cuando rezaba: “Tú mismo le incitas a ello, haciendo que encuentre sus delicias en tu alabanza, porque nos has hecho para ti y nuestro corazón está inquieto mientras no descansa en ti”.

4. CONCLUSIÓN. JESÚS, EL MAESTRO COMPLETO.

Hemos visto cómo la verdad más íntima que Jesús nos enseña, nuestra **filiación divina**, se expresa en la **libertad** y la **alegría**. También estos tres puntos pueden relacionarse con las virtudes teologales: **en la verdad vemos la fe, la libertad depende del amor, y la alegría está directamente relacionada con la esperanza**. Ahora sólo nos queda decir algunas ideas que quizá completan el cuadro.

a) **Jesús enseña siempre con una visión completa, humana y divina, que abarca la racionalidad y la fe:** no se fija en lo racional solamente, ni solo en lo emotivo, sino que su hablar abarca todo el ser: llega a la mente y corazón, se dirige a la razón y es al mismo tiempo poesía, describe lo natural y es al mismo tiempo apertura a lo sobrenatural, no hay mezcla de confusión sino lógica y lucidez aplastante: llega al fondo de las cosas pero al mismo tiempo sin que la esencialidad sea algo abstracto difícil de penetrar, pues sabe llenarlo todo de detalles y anécdotas que facilitan la comprensión de quienes escuchan, cada uno a su nivel. Sabe dejar para el círculo menor de sus discípulos (y algunos más preparados como Nicodemo) aquellas cuestiones más complejas, que a un nivel más amplio de gente, con menos formación, las deja implícitas como sumergidas en las parábolas. De este modo habla al mismo tiempo a los que pueden llegar a más, sin dejar humillados a los que no tienen profundidad, pues la explicación tiene profundidad, como varias capas, y cada cual capta según su capacidad. Esta pedagogía de Cristo **diferenciadora es única**, pues sabemos lo difícil que es hablar a público tan diverso y de todas las edades y niveles de formación. Va dirigido su mensaje al **pueblo**, que lo admira y entiende las cosas de un modo muy pecado al suelo, demasiado, y también habla a **los discípulos**, a diferentes niveles: los **setenta**

y **dos** que es un círculo más amplio, los **doce apóstoles**, que conviven con el Señor, y a los que se dedica especialmente (también nosotros hemos de dedicarnos a los que Dios coloca a nuestro lado, y “crear escuela”): de modo especial a los **discípulos escogidos** (Pedro, Santiago y Juan, que le acompañan en momentos especiales), sin dejar de atender a otros: el ciego de Jericó, José de Arimatea, el publicano Leví, las mujeres que le seguían (María Magdalena, Juana, Susana y otras), Marta, María y Lázaro.

En todos los casos, me parece importante ver que la relación es personal, y los diálogos que Jesús mantiene con ellos también son personales. Fruto de la interioridad, de pensar en las personas que se encuentra, interesarse por ellas, Jesús tiene esta pedagogía que conecta con colectivos tan variados, y lo que es más, habla siempre como si hablara con cada uno, sabe “herir” en lo personal para hacer reflexionar, “personalizar” el mensaje de modo que cada uno se siente interpelado. Es un **maestro universal**, que se dirige a todos (a los judíos y todos los hombres, de todos los tiempos), pero que conoce a cada uno: *“Yo soy el pastor bueno, y conozco las ovejas mías, y las mías me conocen (...), y doy Mi vida por mis ovejas. Y tengo otras ovejas que no son de este aprisco. A éstas también tengo que traerlas; ellas oirán Mi voz, y habrá un solo rebaño y un solo pastor.”* Es impresionante ver que se dirige

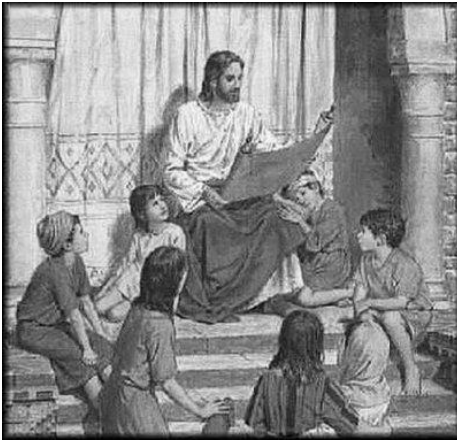
especialmente a los débiles, a los pecadores, a los enfermos.

b) Su **amor pedagógico** (a diferencia de los maestros de la época) conmueve porque está hecho de vida: *“Tomad sobre vosotros mi yugo, y **dejaos instruir por Mí**, porque soy manso y humilde de corazón; y encontraréis reposo para vuestras vidas.”* Sea cual sea el contenido de la educación, se notan las convicciones del maestro, si pone su alma ahí, o es un mercenario (es decir, nuestro modo de ser influye en los alumnos, tanto si hablamos de ética como si de matemáticas, aunque de modo menor). Podríamos condensar la idea central de la enseñanza de Cristo en desvelar con su vida el Reino de los Cielos, la felicidad del hombre. No es una idea, sino la expresión de su alma. **Consiste en ese tesoro único**, el máspreciado, que ha de ser preferido a todo, y se encuentra ya aquí, en las cosas de cada día, cuando se hacen por Amor. A mi me resulta curioso mirar esas imágenes de “dibujos mágicos” en 3 dimensiones, pero sólo es un truco visual. Pero hay una tercera dimensión, en la que junto a las cosas materiales, las rutinas de cada día, vemos nuevas profundidades misteriosas: basta **la fe en Jesucristo**, que lleva al amor, es una fe viva, **operante en los Mandamientos**, que ya no se ven como una imposición, sino como una necesidad del amor y nos lleva a ir más allá de una actitud de ir a los mínimos, la letra está al servicio del espíritu: **el amor diligente**.

Es cuestión de preferencias: “*Buscad, pues, primero el reino de Dios y su justicia, y lo demás se os dará por añadidura.*”

De ahí surge la lucha por una **conducta recta**, pues no puede hablarse de amor sin lealtad, como Jesús es fiel en esta Nueva Alianza. Se requiere la oración para mirar en el espejo de la verdad los acontecimientos de nuestro día, en definitiva lo que hemos apuntado del Sermón de la montaña.

c) **En unidad de razón e inteligencia, conocer discursivo e intuitivo, en Jesús la palabra va unida al**



silencio, los argumentos van de la mano a la contemplación.

Esto es especialmente importante hoy, pues como decía uno, "sin el silencio, no se puede admirar y sin admiración no

se puede contemplar y sin contemplación no hay saber, muere la ciencia porque cesa el pensamiento". Tagore en sus escuelas de la India dejaba a los niños desperdigados en el campo, en libertad, un cuarto de hora al día para la contemplación en silencio. "El silencio no es sólo ausencia de ruido, sino también

una necesidad positiva del espíritu, una real conquista de sí". "El silencio al ser un medio de perfección, implica para su logro mucho sacrificio y heroicidad. Hacer silencio, es saber -callar, saber-escuchar. Podríamos decir, el escuchar-callar es por naturaleza, pero el saber hacerlo implica perfección". Me gustaría que Jesús nos hablara de esa "pedagogía del silencio". Él se retiraba con frecuencia, de madrugada, al anochecer... y cuando podía, días enteros.

El gozo viene también de **aprender a descansar**, y así el espíritu reposado fortalece el cuerpo, por lo que el hombre es capaz de realizar los más altos ideales. El estudio de los sentimientos y disposiciones de Jesús, de sus actitudes, nos hace conocerle, admirarle, amarle, y seguirle. Verle que se retira a un lugar solitario con sus discípulos, **ver a Jesús "descansar"**, en medio de la naturaleza, disfrutando de las cosas bellas, nos ayuda a gozar del reposo, pues el que va acelerado sin parar, acaba perturbado en su carácter, presa de manías o pasiones. Hemos de recomendar el descanso tranquilo, y no el "agotador" de algunas diversiones ruidosas, que llenan al hombre de angustias.

En el silencio el alma admira y contempla. El



auténtico
descanso,
un
cambio a
una
actividad
más
sosegada,
fomenta
la paz, y
en el
clima de
meditaci
ón puede
adquirir
profundi
dad la

sabiduría y prudencia, que son virtudes fundamentales. Somos más serenos, y vemos más claro que la ejemplaridad es la gran maestra, pues más que lo que digamos harán lo que hagamos, más que explicaciones influyen los testimonios de vida, y doy más lecciones con el dominio de sí mismo que predicando las virtudes.

Ahí el alma se admira por los lirios del campo, por un pastor que toma una oveja perdida... la poesía perfecciona los conceptos, los llena de contenido. El que pierde la capacidad de admiración,

es viejo; quien admira, es joven sea cual sea su edad biológica. A veces el Evangelio nos dice que Jesús “se admiró” (Mt 8,10; 6,6; 15,28). Da un realismo a lo que dice porque viene de la vida, y da paz porque es camino de penetración de la verdad, de orden interior que aleja la perturbación del alma, es revivir con el alma del niño que todos llevamos dentro.

Hay quien está aburrido aunque participe en cosas grandes, pues siempre espera más en su ambición, está demasiado proyectado hacia el futuro, no sabe vivir el presente. **Encontrarse existiendo.** Es feliz el que sabe vivir cada instante, disfrutar con cosas pequeñas que le llenan, vivir la vida, admirarse y contemplar, para después comunicarlo a los demás. Cristo nos enseñó que la perfección en la predicación de la verdad radica en la contemplación; es decir, en la armonía de la razón y la contemplación el maestro logrará la plenitud en su enseñar: ciencia y poesía.

d) Y esto, como toda su doctrina, nos ha sido transmitida, fidelísima y substancialmente completa, a través de los Evangelios y de la Iglesia. Buena cosa para el educador **beber cada día de las páginas del Evangelio...**, que nos muestran como es Jesús, nuestro único Maestro. Siempre dice a cada uno lo que necesita oír. Leyendo el Evangelio, con corazón leal, meditándolo despacio, uno se siente empujado a decir: “Señor, sólo Tú tienes palabras de vida eterna” (Juan 6, 68). Con Jesús, nos sentimos

seguros. Esa palabra incluye a nivel intelectual una la preparación como la de Jesús: sólida y profunda, que le permite conocer las verdades de su época, los problemas del mundo y las corrientes culturales, y a partir de ahí lo supera todo con su doctrina y vida. Hemos de capacitarnos profesionalmente, actualizarnos en el estudio, pedagogía... Pero sobre todo en aquella sabiduría que es gusto por la verdad (sapientia: sapida scientia). Le pedimos a Jesús que nos ayude a ser fascinadores y entusiastas de nuestra vocación, con un amor imaginativo que lleve a cuidar de cada uno y del ambiente, para crear un clima de auténtica libertad; y que para ello cultivemos una piedad sentida, eucarística, mariana.

Que podamos ser buenos alumnos de tal maestro como fue san Pablo, **ser como él, padre** (cfr 1Cor 4,14-16; 1Tes 2,8-11), **y también madre** (Gál 4,19), y decir con él: «Hijos míos, sufro por vosotros como si estuviera de nuevo dando a luz hasta que **Cristo sea formado en vosotros**» (Gál 4,19). Palabras impresionantes, que nos ayudan a acabar con la petición a Jesús: “haznos de Maestro, como en la sinagoga, cuando explicaste los dones del Espíritu Santo: sabiduría, inteligencia, ciencia y consejo... para que –participando de esa divina ciencia– sepamos enseñar –con las clases preparadas, el cordial entendimiento entre los colegas, la atención a cada alumno...– y sobre todo ello amar según el corazón del Maestro Divino, que es lo que más enseña”. Que

María Santísima, la más excelsa colaboradora del Espíritu Santo, dócil a sus inspiraciones, Madre y guía del educador, con su vida y palabras nos lleve a "Hacer lo que nos diga Jesús" (cf. *Jn* 2, 5), nuestro Maestro y Señor.

ÍNDICE.

1. JESÚS EDUCA CON AUTORIDAD.....p. 3

- a) Enseña con autoridad
- b) Su enseñanza, original y perfeccionamiento
- c) La figura amable de Jesús nos enseña a vivir
- d) De Él aprendemos a ser auténticos
- e) Cristo, modelo por el que ofrecer todo a Dios Padre
- f) Jesús, lo que enseña, lo hace él también

2. EDUCAR EN LIBERTAD: SIN MIEDO, PORQUE HAY AMOR

- a) Compenetración entre la libertad y el amor
- b) La auténtica libertad y vivencia del amor
- c) El secreto de la educación es imaginar a cada ser un poco mejor de lo que es en realidad.
- d) Esto nos lleva a la falta de miedo de Jesús
- e) Jesús y la sencillez de lo profundo

f) Esto nos lleva a la interioridad: Hay que trabajar para adentro, en el silencio creador de la vida interior

g) Jesús funda un nuevo carácter: conciencia de la misión va unida a la autoridad

h) El ejemplo de Jesús nos da la clave para profundizar luego en tantos valores

i) Importancia de la educación emocional, afectiva, la educación del corazón.

3) JESÚS Y LA EDUCACIÓN EN LA FELICIDAD

a) La alegría de una vida con sentido

b) La alegría viene de la exigencia, de la disciplina del esfuerzo (trata de una alegría con contenido

c) Se trata de una alegría con contenido

d) Para ello hace falta humildad, que da impulsos para luchar

e) Educar es hacer feliz, haciendo felices a los demás

4. CONCLUSIÓN. JESÚS, EL MAESTRO COMPLETO

a) Jesús enseña siempre con una visión completa, humana y divina, que abarca la racionalidad y la fe

b) Su amor pedagógico conmueve porque está hecho de vida

c) En unidad de razón e inteligencia, conocer discursivo e intuitivo, en Jesús la palabra va unida al silencio, los argumentos van de la mano a la contemplación

d) Y esto, como toda su doctrina, nos ha sido transmitida, fidelísima y substancialmente completa, a través de los Evangelios y de la Iglesia



Peticiones de libros, al autor: llucia.pou@gmail.com,
tel. 617027236